

SAMUEL ESTEPA

EL OTRO LADO



*Para mi hermana Valeria,
porque, aunque estés aprendiendo a leer,
espero que algún día te apasione esta histo-
ria.*

*Y si nada nos libra de la muerte,
al menos que el amor nos salve de la vida.*
Javier Velaza

PRIMERA PARTE SARAH

PRÓLOGO

«Huye, aléjate».

Algo lo ordena. Una voz en mi cabeza. Es mi instinto. El de supervivencia. Le obedezco. Corro.

«Tengo que salir de aquí, tengo que salir de aquí». Ese pensamiento recorre mi mente como una mecha explosiva. Mi cuerpo se mueve empujado por una fuerza invisible. No sé hacia dónde voy. Solo una cosa tengo clara: si paro, estoy muerta.

Sigo corriendo, sin rumbo, sin freno. Me sigue. Lo noto. Está muy cerca. Casi puedo sentir su presencia en mi espalda. Su aliento en mi nuca. Como el aliento de un lobo hambriento. El aliento de la muerte.

Avanzo lo más rápido que puedo. Las pequeñas calles se suceden a los lados. Apenas puedo distinguirlos. Todo está destruido. Los edificios demolidos, las calles anegadas de escombros, las farolas partidas en dos, los bancos de madera astillados y desmembrados por la mitad. Un fino manto de polvo cubre el asfalto y lo hace resbaladizo y arenisco. Temo resbalar y caer. Si lo hago, se acabó.

Mis piernas arden. No sé cuánto aguantarán. Ojalá supiera la distancia que le saco. Pero no puedo pararme. Tampoco mirar atrás. Si lo hago, caeré y entonces... Cierro los ojos con fuerza y aprieto el paso más si cabe. Noto mi

corazón desbocado, mi respiración acelerada. Tengo miedo. Quiero escapar.

Giro por una esquina, luego por otra. Salto troncos caídos y esquivo piedras y coches oxidados. Los cristales rotos se clavan en mis pies descalzos. Reprimo un grito y continúo. Sin pausa. Las calles parecen iguales. No logro orientarme. Si al menos pudiera entrar en alguna casa. Empujo una puerta con el hombro sin resultado. Después otra, y nada. Están cerradas a cal y canto. Empiezo a desesperarme. Más aún. Pronto me quedaré sin fuerzas. Sin resuello. Sin aire. No puedo correr eternamente. Tengo que buscar una alternativa.

Pienso rápido. Lo máximo que mi mente en esa situación puede. Y encuentro la solución. ¿Qué lugar está abierto en cualquier pueblo? La iglesia. De repente conozco el camino. De algún modo lo sé. Echo a correr. Esta vez con una dirección concreta. Giro un recodo, tuerzo por un callejón y la encuentro. Frente a mí, su campanario se alza imponente, como retándome a entrar. Detengo mi marcha un segundo y contemplo la veleta de la cúspide, inmóvil sobre el tejado. A mi espalda, ya no me sigue. Al menos no tan de cerca.

Aprovecho esa ventaja y cruzo el umbral con cautela. Los goznes del portón de madera crujen y me sobresaltan. Aun así entro. Al pasar, la entrada se cierra produciendo un sonido hondo que retumba en las paredes. Y la oscuridad se adueña del lugar. Pese a que hay ventanales, pese a que es de día. O al menos lo era. ¿Cuándo ha anochecido? No to mis latidos en los oídos. *Pum, pum, pum*. Algo va a pasar. Lo presiento.

Busco un sitio para esconderme. Veo columnas gruesas, bancos destartalados y hasta una pila bautismal enorme. Pero al echar un último vistazo en busca de un sitio mejor, le veo.

Está allí. Encima del altar. De pie. Es solo una sombra, una mera silueta. La oscuridad le engulle el rostro. No pue-

do reconocerle.

Pero me ha encontrado. Y eso solo significa una cosa: estoy muerta.

Empiezo a respirar sin control. Tiemblo. El miedo me domina. ¿Qué hago? Mi corazón se dispara. Lo noto zumbando en mi pecho. Con ahínco. Como si quisiera salirse. No puedo apartar la mirada. Y eso que aún no le he visto la cara. La puerta se ha cerrado tras de mí. Y aunque quisiera no podría llegar hasta ella. Me atraparía antes.

Pero tengo que intentarlo. Es mi única opción. «Arriésgate», diría mi madre. Doy un paso al frente, decidida. Pero justo cuando voy a dar el segundo, me bloqueo. La sombra ha saltado del altar. Los temblores ahora son sacudidas. Sudo. Las gotas recorren mi cuello, perlan mi frente. Estoy aterrada. Es el fin.

Mientras, la silueta sigue yendo directa hacia mí. Se encamina con lentitud, disfrutando de su presa, relamiéndose. Entonces un haz de luz mortecina se proyecta sobre ella.

Y le reconozco. O mejor dicho, me reconozco. Su piel pálida, sus ojos verdemar, su pelo rubio largo y encrespado, sus pecas... Soy yo. Es mi reflejo. ¿Qué está pasando?

Algo en mí hace que desconfíe. «Esa no soy yo», dice una voz en mi cabeza. También puedo deducirlo en su sonrisa. Esa sonrisa endiablada. Perversa. Atroz... Yo jamás podría mostrar semejante sonrisa.

Ahora avanza con los ojos clavados en los míos. Sigo sin poder moverme. Solo tiemblo. En cambio, ella camina despreocupada, regocijándose en su victoria. Porque ha encontrado a su presa. Y no parará hasta tenerla. Lo sé. Puedo verlo en el deseo de sus pupilas dilatadas, en su ávida mirada.

De repente corre, como si no le fuera posible contener más su apetito. Salta los escalones, cruza la distancia en un suspiro. Ni siquiera tengo tiempo de pestañear. Cuando quiero darme cuenta, su cara casi roza la mía.

Entonces abre la boca. Más de lo normal. Más de lo que cualquier persona sería capaz. Se le desencaja la mandíbula. Puedo ver sus fauces estirarse más y más, sus dientes afilados brillar amenazantes. Sus tendones dan de sí, sus mejillas se desgarran. Aquello no puede ser real, no puede ser humano.

Pero, justo cuando comienza a cerrar los dientes, cuando su oscura garganta empieza a cernirse sobre mí, alguien toma mi mano. Y me arrastra. Lejos de allí. Lejos de ese horror.

Lejos de la muerte.

CAPÍTULO 1

Sábado, 29 de agosto. 1:09 a.m.

—¡Sarah, Sarah, despierta!

Abro los ojos súbitamente. Miro a todos lados, alterada. Pero solo encuentro el rostro de mi padre muy cerca. Su mano aferra la mía con fuerza. Sonríe, pero noto preocupación en su expresión.

—¿Dónde...? Ha sido...

—Una pesadilla, cariño —termina él, pues ve que no logro ubicarme.

El sudor inunda las sábanas. Vuelvo a girarme en todas direcciones, aún con el corazón encogido. Pero no hay ni rastro de la iglesia. Sigo en mi cuarto, dentro de mi cama. Veo las luces del pasillo encendidas.

—Tenemos que irnos, Sarah —dice de repente mi padre.

—¿Qué? —pregunto, extrañada.

Por la rendija de la persiana no se cuele aún el sol. ¿Qué hora es? Busco el despertador y compruebo que marca las 1:09 a.m.

—¿Ahora?

—Sí, tú madre ya está en el coche.

Antes de que pueda bostezar, me levanta de la cama en brazos. Cojo como puedo el *iPod* de mi escritorio y los auriculares.

Mi madre espera con una sonrisa incómoda en la cara. La misma que lleva poniendo tres años. Estoy a punto de preguntarle qué ocurre, cuando ella dice:

—No te preocupes, corazón. Hemos encontrado una oferta buenísima y tenemos que irnos antes de que nos la quiten.

Yo, todavía con los ojos pegados, asiento como un robot. No tengo ganas de discutir. Menos a esa hora.

Poco después, ya estamos montados todos en el coche y saliendo de nuestra casa a toda prisa.

Sábado, 29 de agosto. 5:18 a.m.

Mis padres están tarados. Esa es mi conclusión.

Vale, en realidad no es que sean tontos, ni que les falte un tornillo por aquí, o una tuerca por allá. No. Más bien son algo raros, diferentes. O si no, ¿cómo explicaríais que, bien entrada la madrugada y ya acurrucadita en la cama, me levanten de golpe y digan que nos mudamos esa misma noche?

De acuerdo, es verdad que últimamente nos hemos cambiado más de casa que un cangrejo ermitaño, pero eso no es excusa para tener que irnos tan rápido y en plena noche. Normalmente lo hacemos por la mañana, con al menos un día de antelación para organizar lo mínimo. Que esa es otra, con tantas prisas, no nos ha dado tiempo a hacer las maletas. Es más, ni siquiera estoy segura de que me haya cambiado el pijama...

Al echar una ojeada a mi ropa, compruebo que tengo razón. Todavía hasta se notan las manchas de sudor por el cuello. Qué cerda. Generalmente suelo acordarme de con

qué he salido puesto a la calle. Lo que ocurre es que a las no sé qué horas de la madrugada, el cerebro tiende a olvidarse de todo y solo piensa en una cosa: dormir, dormir y dormir.

Aunque eso sucede justo después de arrancarte de las calentitas sábanas de tu cama. Si al cabo de un tiempo aún no has vuelto a dormirte, tu mente se activa de nuevo y te desvelas. Así me pasa a mí. Por si fuera poco, mi última pesadilla me ha dejado un poco ida. Nunca había soñado nada así. Cierro los ojos y todavía puedo ver esa boca inmensa, abriéndose más y más.

La lluvia cae, suave. La observo resbalar por los cristales desde el asiento trasero del coche. El *iPod* con los suaves acordes de Ed Sheeran, mi cabeza encajada entre el reposacabezas y la ventanilla en la posición perfecta... Y ni aun así soy capaz de conciliar el sueño. Con lo marmota que suelo ser por la noche. Y también por el día. ¿Qué está pasando?

Creo que esta mudanza me ha afectado más de la cuenta. Está bien, no es que me haya influido mucho; estoy más que acostumbrada a cambiar de aires. Simplemente ha venido de sopetón y ahora estoy descolocada. Tal vez sea esa la razón de este insomnio repentino, ¿quién sabe?

El caso es que no puedo dormir y en nuestro Ford Escort tengo tiempo para pensar. O mejor dicho, para hacerme preguntas. ¿Por qué nos mudamos? ¿Qué les ocurre a mis padres para que no nos quedemos en la misma ciudad por lo menos un año? No es que yo sea una ingenua y no les haya preguntado. Todo lo contrario. Primero decían que querían cambiar de ambiente, que se habían cansado de vivir en La Coruña. Aquella vez sí que me afectó. Tenía catorce años y a esa edad el círculo de amigos ya empieza a afianzarse. Por no hablar de lo bien decorado que estaba mi cuarto. En definitiva, la vida a esas alturas ya la tenía más o menos organizada. No recuerdo las noches que pasé llorando. Luego se trataban de cuestiones de trabajo: que

si no había nada conveniente en tal ciudad, que si el sueldo era muy bajo... lo típico. Esta última vez, la excusa ha sido que hay una oferta en internet de una casa en no sé dónde, que nos sale el doble de barata, que tiene mejor entorno... más de lo mismo. Cuando una se ha cambiado tantas veces de casa, se acaba acostumbrando. Ya no se hacen amigos creyendo que van a ser para siempre, sino que se intenta entablar una amistad frágil e impersonal que resulte mucho más fácil de romper a la hora de partir.

Porque últimamente siempre partimos. Solo con decir que he vivido en siete sitios distintos en tres años, y sin contar nuestra ciudad natal.

Pero ahora, la excusa del trabajo ya huele a cuerno quemado y, como mis padres sigan queriendo cambiar de ambiente, va a ser cierto que están tarados. Además, en los diecisiete años que tengo y que llevo con ellos, sé reconocer cuál es la cara de preocupación de mi padre. Y la de esta noche al despertarme era una buena muestra, por muy bien que él crea disimularla.

Al principio creía ciegamente en ellos. Pensaba que de alguna forma, estaban haciendo lo mejor. Aunque ahora, con este fugaz traslado, mis ojos se han abierto y veo, cada vez con más claridad, que me han engañado. Pero, ¿por qué? ¿Acaso detrás de todo esto se esconde una razón que ellos, a lo mejor para no asustarme, han ocultado? ¿Una razón peligrosa?

Sacudo la cabeza rápidamente. La falta de sueño está jugándome una mala pasada. Será mejor que duerma y deje de desvariar.

Vuelvo a mirar por la ventanilla para que el cambiante paisaje me relaje. La densa capa de abetos oscuros y alargados me hace caer en la cuenta de la cantidad de lugares en los que he vivido. Las escarpadas costas de Galicia en las que vivía inicialmente, los Alpes franceses, las playas de la costa Brava, la nieve de Sierra Nevada, las avenidas de Roma, Madrid y Londres y finalmente, Murcia. Pero claro,

ahora a saber adónde vamos. Creo recordar que mi madre ha mencionado el nombre del pueblo, pero estaba medio dormida. Solo sé que no tiene costa y, a juzgar por las pendientes que estamos escalando con el motor revolucionado, es un pueblo de montaña.

Tal vez parezca divertido, incluso guay, cambiar tanto de ciudad, pero, creedme, es un rollo. Al principio todo es muy alucinante, muy nuevo, muy entretenido. Pero cuando ya lo has visto todo, lo que realmente necesitas es compañía. En otras palabras, amigos. Y hacer nuevas amistades con la idea de que sustituyan a las antiguas, ya no está tan guay.

Pero, en fin, esta va a ser mi vida por razones que aún desconozco. Tal vez debería preguntarles seriamente a mis padres qué está pasando. Decirles que ya no soy una niña, que su pequeña Sarah ya se ha hecho mayor y es capaz de reconocer una mentira, o varias.

La canción del *iPod* termina y las voces de mis padres se cuelan por los auriculares. No logro distinguir lo que dicen antes de que empiece el punteo de guitarra de *Tenerife Sea*, pero sus tonos me llaman la atención. Pulso el botón «pausa» y finjo seguir escuchando música.

Hablan en susurros pero con cierta agresividad, igual que hablaría una pareja que discute y que no quiere que se despierte su bebé.

Agudizo el oído todo lo que puedo.

—...lo hiciste? —murmuraba mi padre sin apartar la vista de la carretera.

—Quería decirle que nos dejara en paz. Ya te lo he dicho —respondió mi madre.

—¿Y esa es razón para no avisarme? Maldita sea, Araceli. Creía que confiábamos el uno en el otro.

—Cariño, sabes que confío en ti. Pero sabía que te pondrías así.

—¿Y cómo quieres que me ponga? ¿Es que esperabas un «ah, cariño, qué buena idea»? Además, no me enfado

por eso, sino porque lo hicieras tú sola. ¿No te acuerdas lo que vimos? Es muy fácil caer de nuevo.

—Ya lo sé, pero...

—No, pero nada —la interrumpe mi padre, alzando la voz—. Me has dado un susto de muerte.

—¡Shhh! Vas a asustar a la niña —recuerda mi madre. Odio cuando se refiere a mí así. ¿Qué soy, una cría de parvulario?

—Sarah está con su música y no se entera de nada.

Se gira súbitamente. Aparento oír una de mis canciones favoritas moviendo la cabeza. Nuestras miradas se cruzan un instante. Le sonrío. Me sonrío. Se lo ha tragado. Se da la vuelta y prosigue la conversación, esta vez más relajado.

—Cuando la he visto a ella, empapada en sudor, retorciéndose en la cama... creía que estaba dentro de una pesadilla... una más.

—Tú también sueñas con esto...

—Todas las noches. Pero eso no es lo peor.

Ahora silencio. Espero paciente y por si acaso desvío la mirada hacia el exterior y acentúo los ademanes con la cabeza. Si tuviera una canción puesta, sería la más *heavy* de todas sin duda. Parezco idiota.

Durante unos segundos solo escucho el rugido del Ford subiendo las cuestas y el golpeteo de la lluvia en los cristales.

—Lo peor —continúa mi padre— es que le pase algo a Sarah.

Me da un escalofrío. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto? ¿Qué es lo que me va a pasar?

—Él no va a ir a por ella —tercia mi madre, secante.

—¿Cómo estás tan segura? Ya has visto lo de esta noche.

Mi madre sonrío. Y conozco esa sonrisa. Es la que muestra cuando sabe que tiene razón aunque no le guste. Entre mordaz y tajante, entre macabra y sincera. Agridulce.

—Porque me quiere a mí.

El escalofrío de antes se convierte en un miedo que hiela toda mi sangre.

Mi padre suelta una mano del volante y agarra la de mi madre, que reposa en la palanca de cambios. Las dos se estrechan con fuerza, dándose apoyo, ánimo, valor.

—Amor, esta vez va a ser diferente. Tenemos la pista esa. Sempiterno. Seguro que nos ayuda. Lo que quiera que sea.

Mi madre asiente levemente. Si pudiera verle la cara estoy segura de que estaría con los labios fruncidos, reprimiendo las lágrimas.

Mi padre la atrae hacia sí con un brazo. La abraza y le da un beso intenso en la frente.

—Voy a estar aquí, contigo. Siempre.

—Te quiero, Aaron.

—Y yo, Araceli, y yo.

Los dos permanecen juntos unos instantes.

Ver a mis padres así normalmente me resulta empalagoso. Pero ahora, en este momento tan confuso, agradezco que su amor les siga uniendo. Apenas he entendido la conversación, pero sí lo suficiente como para confirmar mi sospecha sobre una posible amenaza. Y eso me aterra. ¿Quién va a por mi madre? ¿Qué puede hacerme daño?

La idea de delatarme y pedir una explicación resulta tentadora, aunque conociendo a mis padres, sé perfectamente cuándo van a darme largas y ésta es una ocasión idónea. Seguro que saltan con la excusa de que han sido imaginaciones mías, o que lo he soñado.

Vuelvo a observar el paisaje por la ventanilla y a tratar de dejarme llevar por el leve traqueteo del coche. Bueno, no tan leve porque la carretera se encuentra en tan malas condiciones que parece que los que la asfaltaron se quedaron escasos de alquitrán. O tal vez el alquitrán se les subió a la cabeza, porque menudos socavones.